

UN VISTAZO A LA FRONTERA EXTREMEÑO- ALENTEJANA DESDE LOS LIBROS

Moisés Cayetano Rosado

Luis Bello, en 1926, recorrió buen número de pueblos extremeños y algunos de Alentejo, publicando sus impresiones en el periódico *El Sol* de Madrid, y al año siguiente en forma de libro. En 1994, la Editora Regional de Extremadura lo ha rescatado, en una cuidada edición de Encarnación Lemus López. El periodista pretendía retratar fundamentalmente la situación de los niños y de las escuelas de las zonas visitadas, algo que venía haciendo por toda España.

¿Qué es lo que aquí vio? Pobreza, mucha ilusión en sus maestros, pero una generalizada, desoladora pobreza, que denuncia con palabras como éstas:

El término tiene muchos eriales, peñas, charcas y lagunas. Es pobre. Ello explica que vayan tantos muchachos descalzos a la escuela. Pero no se crea que a Malpartida le falta buena voluntad. He visto la escuela de D. Manuel Juárez, antiguo pósito, con formidables pilastrones que sostienen las bóvedas, propias, no de una escuela, sino de un calabozo inquisitorial. Pero, con ser vieja, no la cambiaba por la nueva de 1923. Ésta no tiene ventilación. Es ancha, fría. El suelo, de cemento, está en algunos sitios, no ya húmedo, sino encharcado, y los niños descalzos, muchos con las huellas inequívocas del paludismo, soportan mal el frío de diciembre, y tosen.

Con la misma delicadeza y recogida amargura va pasando de Cáceres a Badajoz, y así, se detiene en Don Benito:

En la plaza hay, por las mañanas, trabajadores de todos los oficios, especialmente jornaleros del campo y albañiles, que aguardan ajuste en las esquinas y alrededor del cafetín. Suelen ir un rato hasta los obreros fijos y los que ya tienen jornal; pero pronto se ve cuáles son los que van a jugarse el albur del jornal módico o del paro forzoso. Aumenta el número de días difíciles como el de hoy. A medida que la mañana va avanzando, se desparraman y, a falta de jornal, buscan ocupaciones libres. Serán

pajareros, pescadores, esparragueros... Cuando el campo no da nada, en épocas en que todo se niega, son las mujeres las que salen a los portales demandando socorro. Los pobres se ayudan unos a otros y el primer remedio es el préstamo de pan entre compañeros.

¿Hacen falta más palabras para mostrarnos la desgarrada situación de estas tierras extremas, arrastrada a lo largo de siglos? Los niños descalzos, aquellos niños que retrató Rafael Alberti:

*Los niños de Extremadura
van descalzos.
¿Quién les robó los zapatos?
Les hiere el calor y el frío.
¿Quién les rompió los vestidos?*

Los hombres parados en las plazas, buscando el mínimo jornal que no les llega, o que lo hace en cantidades tan ridículas que no da para saciar el hambre arrastrada por generaciones. Nuestro entrañable poeta Luis Álvarez Lencero lo expresaba con estos versos contundentes:

*En la plaza del pueblo
sólo hay hombres callados.
No trabajan, no tienen
quien les dé algún trabajo.
Yo no sé qué pan comen,
porque el pan de los amos
se está poniendo duro
y el comerlo hace daño.
¿Qué piensan estos hombres
que nacieron esclavos?*

A un lado y otro de la frontera, la penosa situación socio-económica de la inmensa mayoría de la población, desembocará muchas veces en una violencia inusitada que conduce a grandes sangrías, a fuertes luchas de clase que se saldan con víctimas mortales fundamentalmente del lado de los débiles. Serán las represiones de las “fuerzas de orden” o de la situación extrema de enfrentamiento que llevaron a nuestras

cruelles dictaduras ibéricas. Y que otras veces se resuelven “limpiamente” para los poseedores: el enfrentamiento se efectúa entre los propios indigentes que se disputan la jornada escasa, miserable. ¡Qué páginas las de José Saramago retratando esta situación en su libro *Levantado do Chão!*:

Están ahora los dos grupos de jornaleros frente a frente, diez pasos los separan. Dicen los del norte, Hay leyes, fuimos contratados y queremos trabajar. Dicen los del sur, Aguantáis que os paguen menos, venís aquí a perjudicarnos, marchaos a vuestra tierra, ratinhos. Dicen los del norte, En nuestra tierra no hay trabajo, sólo piedras y aliagas, somos de la Beira, no nos llaméis ratinhos, que es ofensa. Dicen los del sur, Ratinhos, sois ratones, venís a roer nuestros mendrugos. Dicen los del norte, Tenemos hambre. Dicen los del sur, También nosotros, pero no queremos sujetarnos a esta miseria, si aceptáis trabajar por ese jornal, nos quedamos nosotros sin trabajo.

Pedro Macías García mostraba esto mismo en los conflictos de frontera a poco de comenzar el siglo XX, en ponencia que presentó al *Encuentro sobre relaciones Alentejo-Extremadura en el siglo XX*, publicado monográficamente en *O Pelourinho*, en 1996:

No faltaron las huelgas de protesta por la presencia en la provincia [de Badajoz] de obreros forasteros, en la mayoría de los casos portugueses, que invadían la región extremeña para ocuparse de las faenas agrícolas, con menores exigencias salariales.

Son los jornaleros, campesinos sin tierra de un lado y de otro, todos con el mismo problema cada día. Recuerdo, de pequeño, en mi pueblo, a esos grupos de hombres parados en la plaza, al lado de nuestra escuela destartalada y apestando a orines, que había sido antigua cárcel y cuyos barrotes daban a la calle, donde jugábamos en el recreo y meábamos contra la fachada pedregosa llena de churretones y mosquitos. Llevaban pantalón de pana, manos en los bolsillos, cigarros que se apagaban mucho, gorra y barba muy cerrada. Mi padre, ahora, tantos años después, me lo recuerda: era miseria, una gran miseria, alargando el cuello todos, haciéndose ver, destacando, cuando llegaba un capataz a contratar a los que le parecía, y señalaba con el dedo a unos

cuantos que se apresuraban detrás de él, para trabajar ese día por un sueldo de pena. Y así una vez y otra hasta el infinito, pasando los niños de los palos del maestro, la tabla de multiplicar, los imposibles verbos, ríos, comarcas, capitales y héroes de conquista, a las manos hundidas en los bolsillos, el cigarro en el labio y esa inquietud por el pan de cada día, en tanto que las niñas, mujeres, quedaban en la casa, en los fogones, haciendo el milagro del cocido.

¿Qué otra cosa les era dado esperar? Había que tener, sobre todo, paciencia. Lo señala Luis Bello casi al final de su recorrido:

¿Qué importa el mejor plan de enseñanza? Diez maestros -pobres- para diez escuelitas de pobres en ciudad industrial de doce mil habitantes, pueden hacer muy poco. Señor Filipe Chavais, profesor primario oficial de Portalegre -¡tan correcto, tan inteligente, tan agudo! ¡Sr. Cesáreo Augusto Marques, compañero de lucha: los tiempos son malos. La escuela se ve obligada a esperar. A un lado y a otro de la frontera, ¡paciencia!

Pero estas tierras, esta planicie regada por los ríos Tajo y Guadiana, coronada de sierras y empedrada de granito y pizarra, es dura, recia, ardiente en sus veranos largos, secos. ¡Cómo retrata este microcosmos la poetisa Florbela Espanca a principios del siglo XX en su soneto *Árvores do Alentejo*, cuya belleza no puede ser mancillada forzando una traducción, pero que todos entenderemos bien en su composición original:

*Horas mortas... Curvada aos pés do Monte
a planície é um brasido...e, torturadas,
as árvores sangrentas, revoltadas,
gritam a Deus a bênção duma fonte!*

*E quando, manhã alta, o sol posponte
a oiro a giesta, a arder, pelas estradas,
esfíngicas, recortam desgreñadas
os trágicos perfis no horizonte!*

*Árvores! Corações, almas que choram,
almas iguais à minha, almas que imploram
em vão remédio para tanta mágoa!*

*Árvores! Não choreis! Olhai e vêde:
também ando a gritar, morta de sede,
pedindo a Deus a minha gota de água!*

Manuel Pecellín Lancharro ha tenido el acierto de reunir, en tres volúmenes, bajo el título *Literatura en Extremadura*, los mejores autores nacidos o que han desarrollado su obra en esta región, y que han volcado sus sentimientos en páginas inolvidables, algunas de las cuales rescata en esta trilogía, publicada a principios de los años ochenta. Ya en 1985 nos da otra obra fundamental: *Extremadura vista por...*, que reúne textos de 26 autores de fuera, varios extranjeros, donde se da una visión histórica, socio-económica fundamentalmente, de Extremadura y de los extremeños, muy precisa y elocuente. La selección de Pecellín es ideal para estudiar nuestro proceso como pueblo, la identidad de Extremadura. Y ha servido de pauta a otros estudiosos para su labor de recopilación, como es el caso de Manuel Simón Viola, que está abundando en la idea de Manuel Pecellín. En Alentejo no contamos con unos estudios tan desarrollados, pero sí hay una obra esencial que bien podría ampliarse y actualizarse. Se trata de la *Antología de temática alentejana*, realizada por Joaquim A. Moura Fernandes, que reúne a 19 autores de dentro y fuera de la región, desde Camões, del siglo XVI, hasta David Mourao-Ferreira, nacido en 1927.

Estimo que estas obras recopilatorias de Pecellín y de Joaquim Moura deberían ser instrumentos imprescindibles en cualquier escuela, instituto, universidad, centro de estudios y de documentación, biblioteca, etc. de ambas regiones. Por la necesidad de conocimiento mutuo y por la precisión en la selección de textos que nos conducen a la apreciación de tantas similitudes, de tantos problemas y padecimientos y reivindicaciones comunes.

*A todos les roía una ambición -traduzco de la obra *Planicie Heróica* (1927), de Manuel Ribeiro, seleccionada por J. Moura-: tener. Tener tierra, una casa, carro y pareja de bestias. Mas, por desgracia, la tierra estaba aún en régimen de latifundio. Algunos nobles, que nadie conocía, que nunca nadie vio, señoreaban las mayores propiedades de los contornos, todas grandes como condados, y extendían el temor de su soberanía absoluta por todo cuanto la vista abarcaba, leguas y leguas cuadradas de monte y tierras de labor. Nadie se rebelaba. Todo hallaba legítima la propiedad: cada uno*

es señor de aquello que es suyo. Mas les roía la desesperación de este sino maldito que les cerraba a ellos y a sus hijos, como cerrara ya a sus padres, la posesión de aquella tierra que era su sangre y su vida, y que un cualquiera que no la conocía ni andaba en ella, podía orgullosamente decir: “¡Es mía!”, y expulsarlos, cuando le viniera en gana.

Manuel Pecellín rescata en su obra *Extremadura vista por...* un texto muy elocuente de Gerald Brenan, de 1943, de su libro *The Spanish labyrinth* que viene a redondear al anterior:

Viajando al sur del Tajo hacia La Mancha y Extremadura, se ve cómo las fincas aumentan de extensión y el número de pequeños propietarios y arrendatarios disminuye. Estas grandes fincas tienen origen diferente de las de Castilla la Vieja. Se constituyeron durante la segunda etapa de la Reconquista, entre 1085 y 1248, cuando los reyes de Castilla empezaron a incorporarse territorios que contaban ya con una población musulmana bien asentada. La tierra que iban conquistando era entregada, no a individuos de la nobleza, sino a las recién constituidas órdenes militares que, formando el núcleo principal de la caballería del reino, eran más capaces de defenderlas. Y en lugar de poblarlas a base de comunidades de campesinos libres, eran explotadas en parte con el trabajo de esclavos moros, y en parte con labradores que llegaban del norte; el resto lo dejaban de pastos. Esta es la razón por la cual estas propiedades son mayores que las de Castilla la Vieja y están organizadas sobre base distinta. Su particular nombre, transmitido después a las haciendas esclavistas de las colonias americanas, era el de “encomiendas”. (Una “encomienda” era una extensión de terreno dada por el rey en “señorío”, o sea, con plenos derechos, por toda la vida o solamente por un cierto número de años. Se llamaba “comendador” a su dueño temporal, quien gozaba de todas o casi todas las prerrogativas reales. A partir del siglo XII las encomiendas se acabaron, salvo para las órdenes militares, en las cuales ésta era la forma reconocida de posesión territorial). En 1837 estas fincas fueron vendidas por el gobierno, y adquiridas, como hemos dicho ya, por la clase media de las ciudades.

Las condiciones de vida en estos lugares son, en conjunto, peores que en Castilla la Vieja, puesto que la tierra es más pobre y la lluvia más escasa aún.

Proceso como de la adquisición de la tierra, del desigual reparto, que lleva a Brenan a afirmar:

Extremadura junto a la frontera con Portugal, es igualmente una región de latifundios y de tremenda pobreza.

No es de extrañar así la recurrente lucha por la reforma agraria, la continua esperanza en una revolución que no llega o cuando lo hace se frustra al final, es domeñada, domesticada, como una fiera herida.

Narra Pedro de Lorenzo en su obra *Gran Café* (y lo refleja Manuel Pecellín en su *Literatura en Extremadura -tercer volumen-*):

Pues ese otro año de 1933, que es al que me refiero, otra vez se fueron a las fincas. Y otra vez la Guardia Civil levantó atestado. Todo parecía igual. Pero a la mañana siguiente, la Guardia Civil mandó desalojar las tierras ocupadas. Había terrenos que no se cultivaban desde mediados de siglo XIX. Fincas de pastos y encina. La más parcelada ese año fue Las Golondrinas, lindera a La Quintana. Las Golondrinas es una dehesa enorme. Se les aconsejó, al echarlos, que aguardasen la reforma agraria. Y lo que ellos decían:

- Para entonces ya se ha pasado el tempero.

Sobre esa misma desesperanza escribe Saramago en *Levantado do Chão*:

Estaba el trigo en la tierra y no lo segaron, no lo dejan segar, cosechas abandonadas, y cuando los hombres van a pedir trabajo, No hay trabajo, qué es esto, qué liberación fue ésta, se va a acabar la guerra de África y no se acaba ésta del latifundio. Tanto se habló de mudanzas y esperanzas, salió la tropa de los cuarteles, se coronaron los cañones de rama de eucalipto y claveles encarnados, diga rojos, señora mía, diga

rojos, que ahora ya se puede, andan ahí la radio y la televisión predicando democracias y otras igualdades, y yo quiero trabajar y no tengo dónde, quién me explica qué revolución es ésta.

También es significativo lo que, otra vez, Pecellín nos trae en su antología de 1985. Un espléndido texto de Ilia G. Ehrenburg, de 1932, donde se lee:

En Olivenza hay 800 jornaleros sin trabajo. A éstos les ayudan sus compañeros. Ahora los compañeros están de huelga. Pasan hambre los huelguistas y pasan hambre los sin trabajo. El alcalde de Olivenza es socialista. Pero no es un político de Madrid. Es un hombre de confianza de los jornaleros. Sin embargo, no puede hacer nada en su ayuda. El gobernador no da ningún subsidio. El gobernador prohibió que se gravase a los comerciantes con un tributo a favor de los sin trabajo. El gobernador telegrafía al alcalde: “Es necesario que termine la huelga”. No es un consejo a los patronos, no; es una orden a los jornaleros. En Olivenza no hay más que ocho guardias civiles pero los extremeños son fatalistas, y se están esperando tranquilamente a ver en qué para la cosa. En la vecina Andalucía saben pavonearse, mentir, bromear. Los andaluces son los actores cómicos de España. Extremadura es silenciosa y parca en gestos. Aquí cantan a veces canciones tristes, pero más a menudo callan. Ocho guardias civiles vigilan como cancerberos a los prisioneros de Olivenza. En la escuela hay un fraile. Viste de seglar. Con una sonrisa dulzona, me dice: “Aquí no tienen de qué quejarse. Aquí se vive bien...”.

Siempre el mismo problema, la falta de tierras, de pan, de empleo, para la inmensa mayoría, con uno u otro gobierno, con o sin revoluciones que al descender a lo concreto se volatilizan. Constante histórica que ha sido tema recurrente de denuncia en la voz de políticos bien intencionados, que apenas si pudieron ir más allá de las palabras o las frustradas actuaciones de la II República española, ahogadas en sangre, y la Reforma Agraria de la “Revolução dos Cravos” portuguesa, reconducida a la situación inicial a pocos más de un año y medio de iniciarse.

Pobre Patria -escribía Felipe Trigo en su novela *Jarrapellejos*, de 1914-, *tanto más digna de cariño cuanto más decaída a la presente*

condición por torpezas de sus hombres!... Leguas y leguas de rañas, de estériles jarales, que se pudieran roturar; tierras que debieran cambiarse de cultivo; latifundios a repartir entre los pobres; saltos de agua en futura industria utilizable, y puntos de la ribera de más sencilla acometida para el riego de los campos...

Y como válvula de escape, la emigración. Volvemos a *Jarrapellejos*:

Se estaba aquí tan rematadamente daos al mesmísimo demóngano que nada se perdiese por cambiá, manque hubiá de sel en el infierno.

Otra constante extremeño-alentejana: la válvula de escape, probar fortuna fuera. En las conquistas de los siglos XVI y XVII. En la emigración ultramarina de finales del siglo XIX y principios del XX. Y sobre todo en el gran éxodo de los años cincuenta, sesenta y setenta de ese final de milenio, cuando casi un 40% de la población de ambas regiones marchó a las ciudades industrializadas de sus respectivos países y a las naciones prósperas de centroeuropa.

Algunos habían sido esos “mochileros” rayanos que describe Antonio Ballesteros Doncel en su novela de ese nombre: *Los mochileros*, publicada en 1971. Otros, los protagonistas de los sueños frustrados de reformas agrarias que no llegaron a cuajar. Lejos de aquel optimismo en los versos del poeta alentejano António Murteira - ilusionado luchador de la “Revolução dos Cravos”- en su libro *Azul e branco e ocre*:

*as cantigas
nos caminhos percorridos
madrugadas
rolotes cheias de trabalhadores
a caminho do latifúndio
ocupação
sementeira nova, nunca vista
abraça-me
já sei de novo rir e amar
concertinas guitarras cantares
pão fresco para todos*

Los libros han situado, en buen número, el dedo en la llaga de la frontera, de nuestros pueblos tan sufridos. Y han buscado la esperanza, el sueño, como fuera. Ahora, con la tierra desposeída de su antiguo valor, en unos nuevos tiempos en que el faro uniforme y uniformador que guía hace girar a todos a su ritmo, de un lado y otro de nuestros países, de nuestros continentes, donde quiera que estemos, ¿qué futuro es el que nos espera en esta planicie coronada de sierras, regada por el Tajo y el Guadiana, testigos de tantos padeceres y a la vez de tanta lucha, tanto amor, tanta ilusión y tanta desesperación?

Recoge Pecellín en *Extremadura vista por...* un artículo de Ortega y Gasset con opiniones tan duras como ésta:

El hombre del chapeo pardo es un castellano que habla con una rara inteligencia de las cosas: es sereno y enérgico ante la vida, ante esa visión suya áspera, opresiva. Todo lo ve como es, con claridad y precisión. El hombre de la gorra gris, su cuñado, es extremeño; como suelen ser hoy - (¿dónde nació Pizarro, Hernán Cortés?)- los de su tierra, tiene el carácter reblandecido y morazo: sin espontaneidad, sin arranque, va al estricote del otro.

No es más benevolente Miguel de Unamuno en su obra *Por tierras de Portugal y España*, donde llega a preguntarse:

¿Cambiará esta hermosa tierra extremeña? ¿Sabrán sus hijos sacudirse el paludismo espiritual, cien veces más dañino que el del cuerpo?

Sin duda, con ese “capital humano” poco margen cabría para la esperanza. Pero nosotros, los que vivimos Extremadura desde dentro, los que conocemos estas tierras rayanas alentejano-extremeñas, que tantas veces han mantenido un pulso con la historia y han doblgado situaciones, sabemos que ambos pensadores erraban en sus generalizaciones. Todo pueblo tiene hombres, nombres y colectivos que arrastran a la rebeldía, a la consecución del cambio.

Como decía Ernesto Sabato ya al final de su libro de memorias *Antes del fin: Piensen siempre en la nobleza de estos hombres que redimen a la humanidad. A través de su muerte nos entregan el valor supremo de la vida,*

mostrándonos que el obstáculo no impide la historia, nos recuerdan que el hombre sólo cabe en la utopía.

Extremadura y Alentejo, estas regiones rayanas secularmente hambrientas de tierras, de pan y de justicia, se levantan una y otra vez tras de cada caída. Sus habitantes son recios, firmes y capaces. No van a consentir que la historia irremediabilmente se repita.

Moisés Cayetano Rosado